

Introducción

Fui estudiante de Antonio Cornejo Polar, a inicios de los 60, en el curso de literatura general y crítica de textos que él tenía a su cargo en la Universidad de San Agustín de Arequipa (él decía que yo había sido su alumno más antiguo en la carrera). Le puse bastante voluntad a la materia hasta el punto de convertirme, creo, en uno de los estudiantes más adelantados de un grupo de casi cien inscritos. Desde entonces, el profesor Cornejo Polar —pronto Antonio, a secas— me brindó su amistad generosa, su ayuda y no poco de su tiempo, como se verá en la nota testimonial —Excurso—, al final de este libro. Fue él quien me facilitó mi primer trabajo, en la Casa de la Cultura de Arequipa, en 1964, cuando a mis veinte años, casado y padre de familia, necesitaba alternar los estudios de letras con labores que me significaran una fuente consistente de ingresos. Desde esas fechas y hasta su fallecimiento, en mayo de 1997, mantuvimos además constante un fructífero diálogo, que ojalá se hubiera sostenido más en la escritura que en la oralidad, pues tengo muy pocas cartas de él. Puedo decir que mucho se ha beneficiado mi vida académica y privada de sus consejos, sus observaciones sobre asuntos de la profesión, y su ponderada razón, que alcanzaba siempre un criterio oportuno, un necesario aliento. Durante los diez o más años que nos tocó vivir en los Estados Unidos, resultaron infalibles nuestras conversaciones telefónicas de los domingos, a cuatro voces, incluidas ahí sin menoscabo las de Cristina y Gladys Susana, nuestras esposas de toda la vida. Ésa

era la mejor manera de paliar una distancia física de más de cuatro mil kilómetros, de extremo a extremo en ese país-continente. Y cuando la nostalgia nos vencía, lo que ocurría una o dos veces al año, y la necesidad de tertulia en torno a una mesa y cuatro vasos se nos hacía necesaria —costumbre que nos venía desde la «rupestre» edad arequipeña— nos arreglábamos para coincidir en el Perú, durante nuestras vacaciones, o para encontrarnos en nuestras sedes de Dartmouth, Pittsburgh o Berkeley, o en cualquier sitio en que un congreso hiciera posible el encuentro de verdaderos amigos, que para eso precisamente sirven los congresos. Lo echo —lo echamos— muchísimo de menos.

Cuando se le declaró el mal que tanto temíamos sus amigos por sus excesos con el tabaco, y que él convocaba a la torera («uno tiene derecho a escoger de qué se va a morir»), escribí para un homenaje a sus treinta y cinco años de docencia universitaria mi primer trabajo formal sobre su obra teórica. Era el año de 1995. Él habría de morir dos años después. Desde entonces me he visto escribiendo y hablando con cierta profusión sobre su trabajo, en volúmenes colectivos, homenajes, congresos y cursos. Un día, no hace mucho, constaté que había escrito, casi en estado febril, pero con nostalgia siempre, una docena y media de textos sobre su obra, y que siete de ellos se habían publicado en los más importantes volúmenes de homenaje a nuestro autor (de Mazzotti y Zevallos Aguilar, Moraña, Escajadillo, Chang-Rodríguez, Higgins y Schmidt-Welle). Vi que una selección de esos trabajos podía articular una suerte de apretado mosaico sobre la trayectoria intelectual del autor (¡un libro orgánico surgido de la necesidad y el afecto!). Sentí que nueve de esos ensayos, uno de ellos rigurosamente inédito, más una nota testimonial también inédita, podrían constituir mi libro personal de homenaje a su talla intelectual y a nuestra amistad continua.

Los trabajos que siguen se organizan en tres secciones debidamente diferenciadas y, sin embargo, muy complementarias. Los tres primeros integran una sección de orden teórico, en torno al concepto central del pensamiento de Antonio Cornejo Polar, la heterogeneidad: su argumentación de base, instancias, evolución y

proyecciones. Me han dicho que el que inicia la serie no es de fácil lectura; es posible porque, a mi pesar, resultó necesariamente concptuoso. Pero me han dicho también que una vez acotados sus contenidos básicos el texto resulta bastante útil y en no pocos aspectos necesario para deslindar los alcances e implicancias del concepto de heterogeneidad: sus relaciones con categorías afines, sus rasgos diferenciales, sus extensiones y virtualidades, y sus relaciones con la cultura y la realidad social. El número ii. explora las ampliaciones del concepto de heterogeneidad debidas a la mano del autor —y otras que podrían habersele ocurrido— hasta llegar al punto de un sujeto heterogéneo y migrante. El iii busca dialogar creativamente con otras categorías capitales de los estudios culturales de América Latina: la transculturación de Fernando Ortiz, en la versión presentada por Ángel Rama, la ciudad letrada del mismo Rama, y el desborde popular de Matos Mar.

Los trabajos signados con los números iv-vii, correspondientes a la segunda parte del volumen, son de orden crítico (meta-crítico, diría más bien) y tienen que ver con cuestiones epistemológicas y de método, especialmente relativas al punto de encuentro entre estudios culturales y literarios. El número iv hace algunas incisiones en el método crítico de Cornejo Polar, poniendo especial énfasis en su apartado analítico-explicativo. El v extiende las preocupaciones y reclamos presentados por el autor en la breve ponencia que envió al congreso de LASA en Guadalajara (1997), a partir de las autocríticas implícitas que él incluye en ese texto. El vi, que es el más reciente de todos, quiere precisar el alcance de las prevenciones que hace el autor en esa misma ponencia sobre las metáforas usadas como categorías del análisis cultural y literario, y sobre el uso de lenguas ajenas al campo natural del latinoamericanismo. El número vii, sobre los estudios culturales en América Latina, se vale del ejemplo de Cornejo Polar para avanzar asuntos sobre nuestros estudios culturales. Escribirlo me significó algunas tribulaciones —de ahí que haya permanecido inédito hasta el presente—, porque tiene mucho de interpretación y no pocas especulaciones personales: después de todo Antonio Cor-

nejo Polar no se pronunció directamente y de manera sostenida sobre los estudios culturales, aunque es claro que su práctica general se inserta en una línea muy estimable de ellos.

Los trabajos penúltimos, signados con los números VIII y IX, enfocan de manera más bien ensayística aspectos de la cultura popular, a la que estuvo tan entrañablemente ligada la vida de nuestro investigado. El número VIII se remonta a etapas primarias del autor, a cuando era Director de la Casa de la Cultura de Arequipa y empezaba a adherir a una concepción antielitista y fuertemente social de cultura. Sostengo ahí que es entonces, a sus veintiocho años de edad, que Cornejo Polar empezó a tender la línea de pensamiento que habría de sostener de modo coherente durante toda su vida. El IX pone énfasis en el diseño de una universidad auténticamente popular en América Latina, y está fuertemente basado en los textos del autor que apuntan a, o arrancan de su experiencia como Rector de la Universidad Nacional de San Marcos. Creo que este ensayo ilustra bien que la función administrativa de Cornejo Polar no marchaba nada aislada de su pensamiento crítico, lo que a la corta lo revela como un intelectual absolutamente orgánico y sin fisuras.

El último texto es, como dije, testimonial: es la entrega que yo debía a la familia y a los amigos de Antonio —y míos— y que, por cercanía afectiva con el fallecido, no pude difundir en su momento. Cubre etapas poco conocidas de Antonio Cornejo Polar, sus inicios en la docencia superior en la Universidad de San Agustín, su desempeño como Director de la Casa de la Cultura de Arequipa, y, en ambos casos, el germen de lo que luego se entenderá como su contribución mayor a la crítica literaria y cultural de América Latina: la categoría de la heterogeneidad. Me siento tentado de sugerir a mi posible lector que arranque su lectura por ahí, para que su acercamiento a mi modo de entender los conceptos de (y alrededor de) la obra de Cornejo Polar tengan base en la figura humana y no sólo en el talento crítico de nuestro investigado. Además, sería esa una manera de allanar las asperezas conceptuales del primer ensayo.

Quiero agradecer a las personas que me invitaron y estimularon a escribir estas páginas: amigos, colegas y organizadores de congresos, simposios, secciones monográficas y volúmenes. Entre ellos —y en el orden en que fui recibiendo apoyo para la conformación de las distintas secciones de este libro— a José Antonio Mazzotti, Juan Zevallos Aguilar, Nelson Osorio, José Matos Mar, Mabel Moraña, Tomás Escajadillo, Elena Altuna, Raquel Chang-Rodríguez, Friedhelm Schmidt-Welle, Jorge Cornejo Polar y David Sobrevilla. También a Cristina Soto de Cornejo, abnegada compañera de Antonio, que me ayudó con materiales y propuestas para éste y futuros proyectos sobre su esposo. A todos ellos quiero decirles que traté de estar a la altura de sus sugerencias y que mis humanas limitaciones los exonera de las inconveniencias en que incurro. Quiero finalmente agradecer de modo muy especial a quien estuvo cerca de mis cuitas durante la conformación de este proyecto, en épocas profesionalmente difíciles para ambos, y que con su cariño, lectura atenta y generosidad de ánimo hizo que pudiera empujarlo hasta su estado actual: a mi esposa, la escritora Gladys Susana Guzmán.

[Hanover, Nueva Hampshire, enero de 2004]